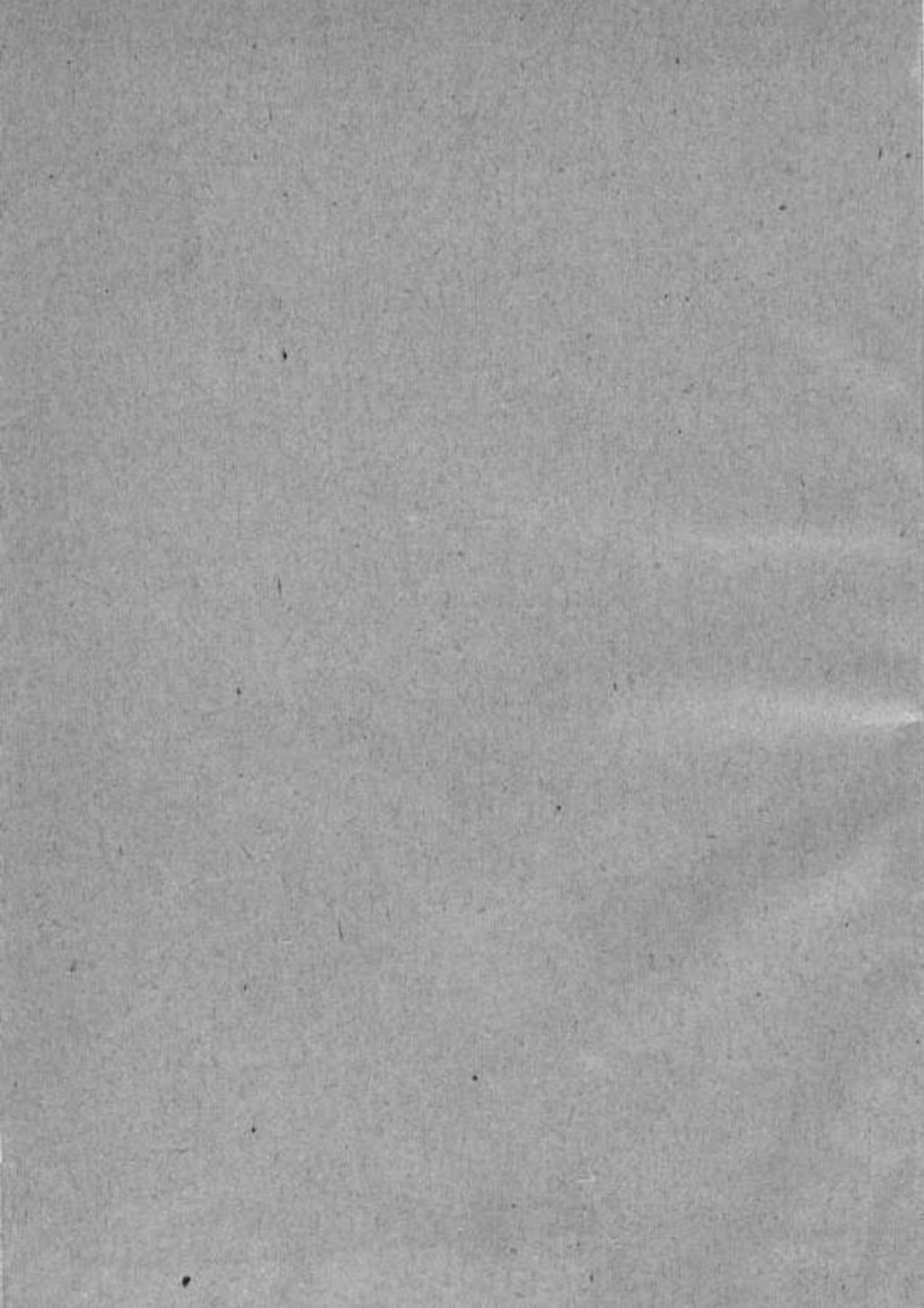


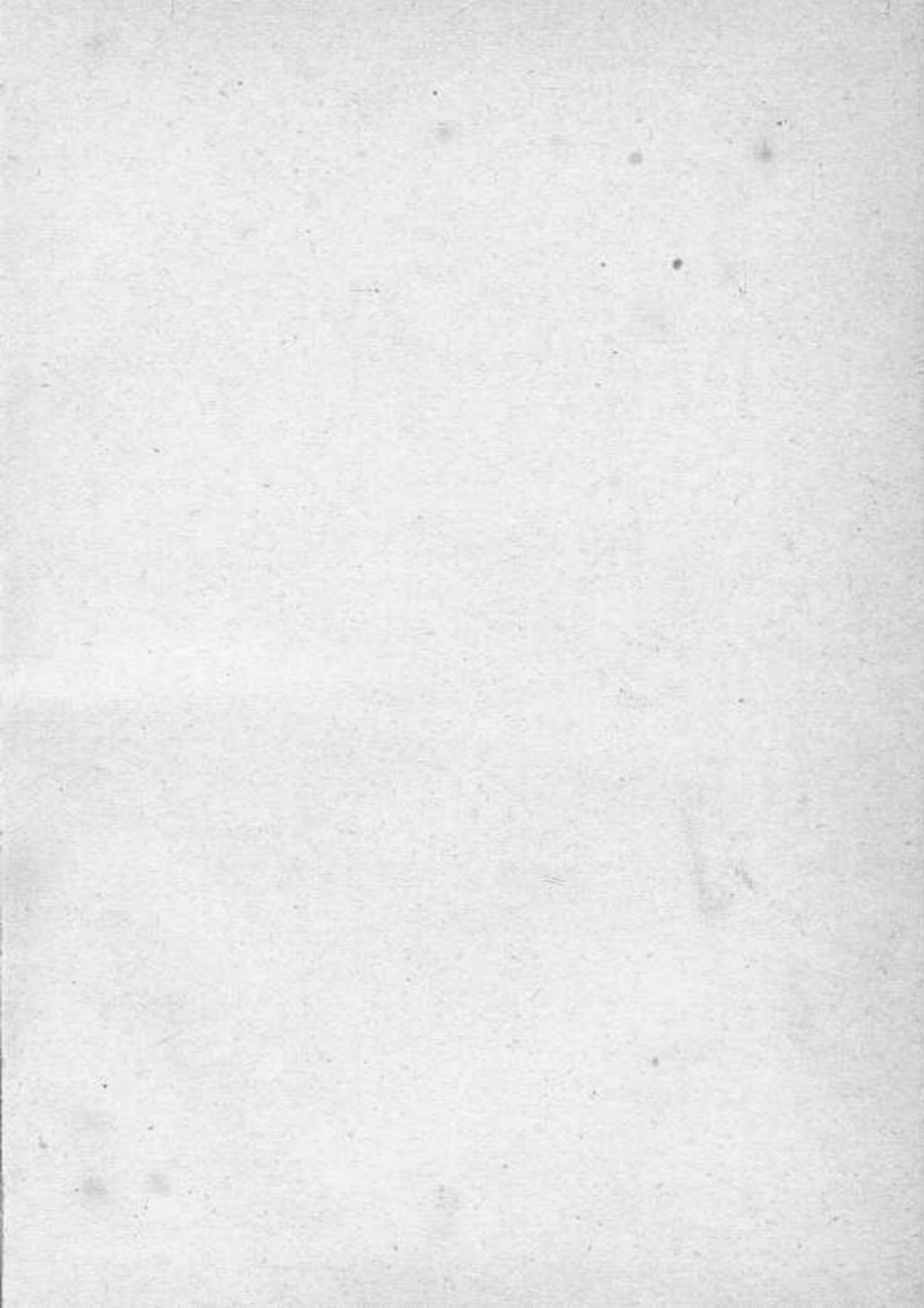
7.

DIALOGO TAURINO









Had to

BIBLIOTECA ECONÓMICA TAURINA

Vol. I.

MANUEL GARCÍA

(EL ESPARTERO)

DIALOGO TAURINO

sostenido entre varios aficionados, en el que
se discute las condiciones de este novel
diestro como matador de toros

POR F. R.

Precio; 10 cénts.

SEVILLA.

A. Resuche, impresor, Aire 2.

1886

2

BIBLIOTECA ECONÓMICA TAURINA

Vol. I.

MANUEL GARCÍA

(EL ESPARTERO)

DIALOGO TAURINO

sostenido entre vários aficionados, en el que se
discute las condiciones de este novel diestro
como matador de toros

POR F. R.

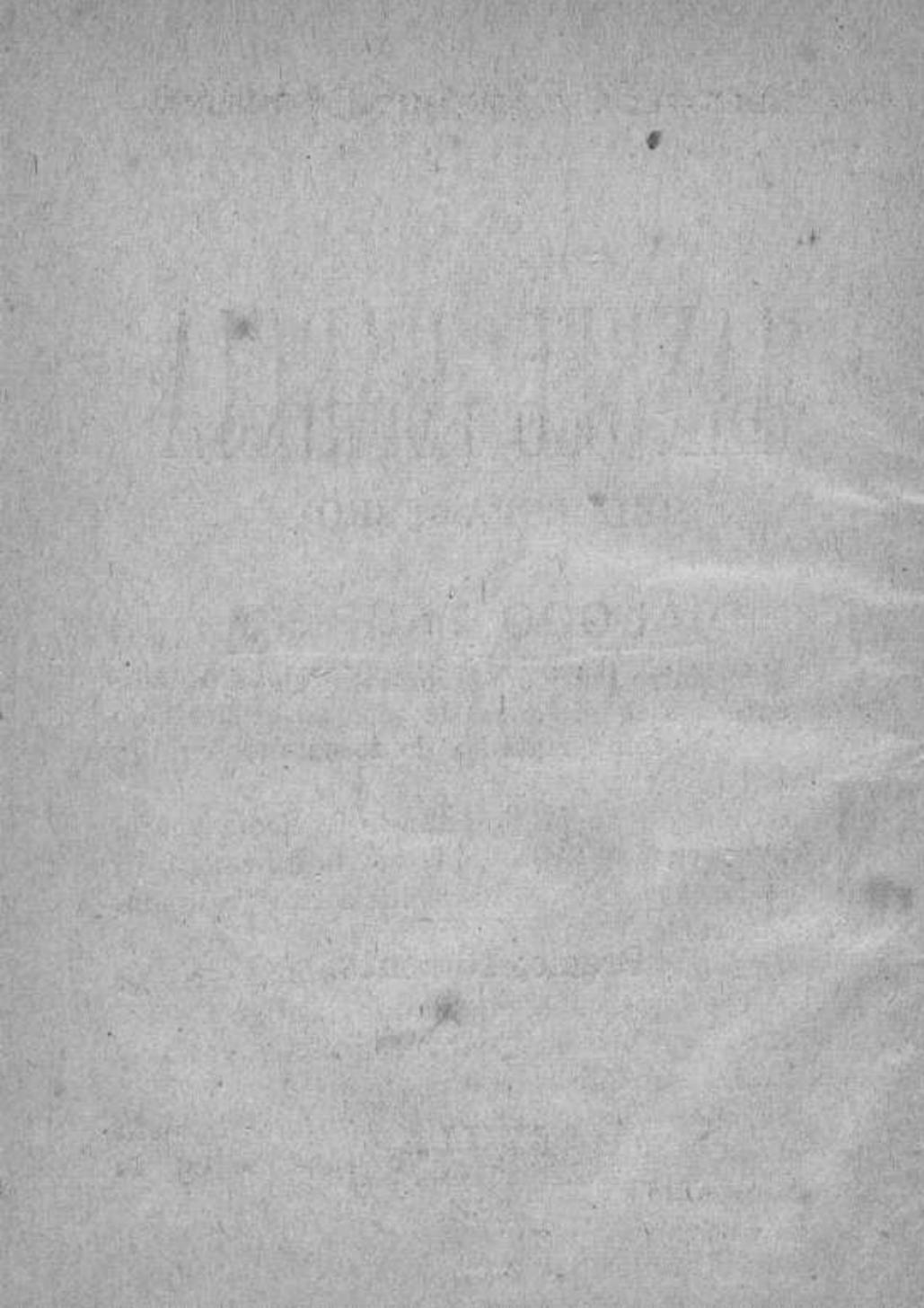
=====
Precio; 10 cénts.
=====

SEVILLA

A. Resuche, impresor, Aire 2.

1886

+





DIÁLOGO TAURINO

—No sabe usted, Manolito, lo que me alegra encontrarlo.

—Usted dirá en qué le puedo ser útil, amigo Curro.

—¿Se acuerda usted cuando le decía que el agua vendría á su peso y que ese hombre era un cometa de verano que no tendría más remedio que eclipsarse?

(*Manolito haciéndose el distraído*).—No sé de qué me está usted hablando, amigo Curro; deje usted su sistema de geroglíficos y hable más claro, como buenos aficionados.

(*El señor Curro admirado por la extrañeza de Manuel*).—¡Hombre! ¿No sabe usted de quién le hablo?

—No se.

— De ese.

— ¿Quién es ese?

(*Sigue el señor Curro admirado*). — ¡Hombre! *El Espartero*.

— Ya ¿y qué?

— Lo que yo le decia.

— ¿Y qué es lo que usted me decia?

— Le decia á usted, que yo habia visto al gran Lucas Blanco, al valeroso Juan Leon y al inolvidable maestro *Cúchares*, que me dijo más de una vez: tocayo, no se fie usted de esos toreros, que empezando á torear desde muchacho muestran mucho valor, porque á medida que van aprendiendo van cogiendo miedo y concluyen por no ser ni *chicha* ni *limoná*, y como las nubes de verano pasan sin dejar agua ni piedra.

— Hombre, no sea usted así, parece mentira que un aficionado de su edad, con lo que ha visto y su inteligencia, diga esas tonterías.

— Manolito, no me diga usted que yo hablo tonterías; ¿cree usted que un hombre como yo, con cincuenta y ocho años, que he visto á los mejores toreros del mundo, y traigo la *biblioteca del toreo* en la cabeza, tenga que aprender de nuevo para apreciar á un torero de esas condiciones?

— Pues dispense usted, amigo Curro, que le diga que en esta ocasion ha perdido los *libros*; si se hubiera usted fijado en ese muchacho, veria como hay condiciones de torero y exceso de valor para ser un matador de toros consumado.

—Siento, amigo Manuel, que de ese modo juzgue usted á quien nada es, y menos será para el porvenir de la tauromáquia; mire usted, Manuel, la primera condicion que ha de tener un matador de toros es la de no tener camisa, ni casi-que comer. Cuando un torero gana más de cuatro mil reales, ya no puede ser buen torero; comienza por encariñarse con los billetes y á huir de los toros, convirtiéndose como es natural en bandidos del *arte*.

—No deja usted, amigo Curro, de tener razon en eso del cariño al dinero; pero volviendo á nuestro hombre, es decir, á nuestro matador, dire que está usted loco perdido al apropiarle á ese muchacho esos conceptos: la falta de razon que tiene usted para apreciarlo de esa manera es: primero, la falta de su vista que, efecto de la edad, ya la vá perdiendo, y segundo que por el defecto citado vé las cosas de distinto modo del que son.

—Se empeña usted, Manolito, en hacerme ciego y tonto, y concluiré por decirle que está en esta ocasion con más londras en la cabeza que se crian en Galicia.

—Mire usted, Curro, ni en Galicia se crian londras, ni usted sabe lo que dice, ni ese es el camino de Moron.

—¡Hombre! aquí llega *el méico de los ojos* que lo convencerá á usted de cómo es verdad lo que yo digo.

En efecto, llega el citado oculista que es un

aficionado á lo pontífice, y fuera de sus afecciones particulares, donde oficia de tal, no hay torero que valga dos pesetas. Es un gran aficionado al espectáculo y entiende que al adquirir la papeleta de tendido (hoy de centro izquierdo) por doce ó catorce reales, toma patente de inteligente, cosa que como comprenderán mis lectores es muy distinta.

Es un bellissimo sujeto, y aunque lleva el título de *meico de los ojos*, no ha estudiado á Claudio Bernacht, ni á Mata; una operacion verificada en la vista de un amigo por circunstancias que no son del caso, le hizo adquirir este sobrenombre.

—¿De qué se trata, caballeros, que tan acalorado está el amigo Manuel? Supongo que será de lo de siempre: espartería tenemos.

—Precisamente, usted sabe las cosas del maestro Curro, cuando le dá por una cosa no la hay mejor, y cuando no le entra por el ojo (como él dice) un torero, así sea Pepe-hillo que viniera del otro mundo, no vale una colilla.

—Manuel, es que está usted *ofuscao*, que vé usted las cosas de distinto modo que deben verla los aficionados, con cierta experiencia por lo mucho que hemos visto, bueno y mejor. Y antes de decidirse por ese muchacho ha debido usted esperar á que se cuajara, y entonces hablaríamos con más detenimiento. ¿Qué le parece mi proposicion, amigo Chirat?

—Hombre, al hablar con usted de toros,

amigo Curro, hay que hacerlo de cierto modo, por que si se le vá á la contra, resulta, que ni uno es aficionado, ni tiene almirez en su casa; y seguirle la corriente es autorizarlo á que hable de manera tal que se hace usted inaguantable. Así es, que en éste caso no puede uno manifestar su opinion como quisiera, por que yo... ya sabe usted, el primer torero del mundo es usted; ustedes saben; bueno, pues á partir de ahí, tiene usted razon, sin embargo, que Manuel es buen aficionado, que sabe lo que dice algunas veces.

—Sabe usted, amigo oculista, que me ha convencido de una manera particular; dice que yo hablo mucho cuando me dan jarilla, y que Manuel es un buen aficionado; se vá usted pareciendo con ese sistema á un abogado que hay en las Pajanosas, que todos los pleitos los gana, por que allí no hay quien litigie.

—Siempre saca usted unos testos que tienen que ver, no pierde usted la costumbre de ganar todas las cuestiones de toros con *chirigotas*, de lo cual resulta que es un aficionado de *jonjana*.

—Decirme á mí que yo soy aficionado de *jonjana*, es tanto como decir que Castelar escribe *El Cencerro*. No se ría usted Manolito, que todo lo que yo digo de toros vá á misa; yo he vaticinado el porvenir de cien toreros, y no me he equivocado en ninguno.

—Me echó usted, Curro, ya no cabe más; tiene usted valor de decir que no se ha equivocado, cuando lo que le ha sucedido siempre

es no acertar? vamos, quede usted con Dios, que ya le he oído todo lo que había de oírle.

Manuel se dispone á marcharse, pero en este momento llega García, caracterizado aficionado, que por espacio de tiempo ha sido terror y baluarte de algunos toreros. Ha cultivado algunas amistades, que por el exceso de la bondad de su carácter, le han proporcionado muchos disgustos, los cuales, según él, no está dispuesto á que se repitan.

Es vehemente de carácter, corriendo pareja lo elevado de su cuerpo con la grandeza de su alma; por su color, como por sus aforismos, pudiera tomarse por un hijo de esa raza haragana y casi maldita, descendiente de la Judea. Pero lejos de eso es de la pasta de los hombres buenos, honrados y activos, hasta el máximo de estas cualidades. Es de esos hombres que se les vé una vez y simpatizan, á la segunda se les distinguen, y á la tercera se les quiere. Posee la virtud de no disgustar á nadie, y cual el amigo Manolito no sabe hacer más que bien á sus semejantes.

Hecha esta pequeña digresión del carácter y condiciones del amigo García, llega éste á la reunión como siempre impetrando la influencia del *divé del alto talpe* para que le conserve la vida al *Espartero*.

Al acercarse á la puerta de la barbería próxima al antiguo café Universal, donde vé que porfían sus amigos Manuel y el maestro Curro, dice:

—Usted, amigo García, que sabe lo que es torear, dice el Sr. Curro, á ver como les demuestra á estos trompicatoros, iba á decir, lo loco que están con Almería.

—No me hable usted de eso, Curro, en el mundo, se entera usted, en el mundo no hay otra cosa, ese le echó la llave al siglo XIX en el toreo, usted acabó ya su misión entre los aficionados, y queda usted como el oráculo del pasado, ó como legajo histórico que se consulta para saber disparates.

La aficion como el arte tiene que progresar, y el aficionado que, como usted, se estaciona en la contemplacion de *monumentos históricos*, tiene que sucederle lo que á usted, que nadie le hace caso.

El maestro Curro, ante conceptos tan extraños al suyo, viéndose solo en sus opiniones, llega casi á la desesperacion, hace exclamaciones mezcladas con voces que llaman la atencion, tanto que el maestro barbero sale á la puerta y dice: ¡por Dios! ¡hombre! que ya no está aquí el maestro Isaías, que era el aficionado, amigo de polémicas y acaloramientos, á mí me gustan los toros, pero sin escándalo, yo soy de los modernos aficionados que compajinan el órden en el espectáculo con las emociones propias que produce el arte, y por lo tanto esta reunion entiendo que perjudica á mis intereses y les suplico se callen ó vayan al café.

El maestro Curro vaticina al barbero, que

siguiendo con ese sistema de conservacion, no quitará más barbas que las de su familia, é invita á los amigos á llegar al Pasaje, donde dice que tiene que decir muchas cosas.

Despues de hacer muchas paradas en el camino, dando voces y manoteos, llegan al Pasaje. Antes de subir al Pasaje se retira *el meico de la vista* pretestando tener que hacer, no sin que el maestro Curro le instara á que entrara, que oiria hablar de toros como se habla, por quien sabe, mas el *meico* se marchó diciéndole que ya le habia oido muchas *mamarracherias*. Suben, y en la sala de tresillo establecen e club taurino. Hay allí el personal diario, reducido, que casi pudiera tomarse por familia, á no ser que el motivo que los congrega fuera el de jugar. Y como este vicio, recreo, ó distraccion, como dicen los jugadores, predispone los ánimos, veja y enemista á los hombres, haciendo que cada cual manifieste sus sentimientos tal cual son con más precision que se hace con la bebida, resulta que aquellos que se ven tan amigos antes de *echar mano*, un cuarto de hora despues agrega cada cual su inteligencia en favor de sus intereses y en perjuicio de los de sus hermanos en Jesucristo.

Allí, el maestro Curro se dispone á reanudar sus juicios sobre el arte, invitando á que le escuchchen y apoye el de el Valle: el más célebre de los doctores en medicina, y otros, y apenas dice, la mayor de las equivocaciones que tienen

los hombres, es creer que entienden de toros, dice Monte,—que es la representacion del dueño del establecimiento, segun él,—aquí se viene á jugar y nó á hablar, á conversacion á la cárcel; esto paga contribucion, y aquí se viene á dar producto.

Míralo el maestro Curro, con aire compasivo, y atribulado por aquella descarga de groserías, dice, mi reino no es de este mundo.

Monte, después de esta filípica cuotidiana en él, intenta formar partido, y como los jugadores prefieren oír un rato al maestro Curro, se resignan á escucharlo tambien, tomando su actitud característica, que consiste en unir las piernas y las manos en el asiento de la silla mientras rúmia con la boca, dando lugar con esta postura á que el doctor haya dicho de él, que es el vivo ejemplar de la científica teoría Darwiniana.

Este Monte, es lo que pudiera llamarse un enigma, es el conserje que goza más fueros y privilegios en toda España, muchos más que el de el *Veloz-club*, considéranlo los concurrentes más que al dueño del establecimiento; impónese á éste y trata á aquellos casi como á siervos ó séres inferiores; á pesar de tener buen fondo tiene las peores formas de educacion, siendo de llamar la atencion, que teniendo por lectura favorita los periódicos más liberales, y con preferencia *Las Dominicales del Libre pensamiento*, trate á todos tan anti-democráticamente, no juz-

gando para él más hombres de respeto que los guapos de oficio y los toreros de profesion. Descontentadizo, egoista en grado superlativo, blasfemo y maldiciente sempiterno reniega de todo el mundo, viviendo holgadamente, casi de prestidigitacion.

—Usted,—dice el maestro Curro dirigiéndose al de el Valle—que ha visto á los toreros que han valido, y que en aquella reunion de las *Tablas* era el mejor aficionado, persuada á Manolito que se encuentra trastornado con los malos vientos que corren en esta época de decaimiento taurino. Dígale usted que en toreo como en todas las artes, el no conocer y ejecutar lo clásico, es no conocer ni ejecutar nada. Que el torero que solo cuenta con el valor, es el jugador de ruleta que sueña con el pleno.

El de el Valle, que tiene que hablar ajustado á la pauta que le dá el maestro Curro, piensa, y ante el pavoroso problema que se le presenta de decir algo que pudiera disgustar á su amigo Manuel, opta por el monosílabo, y dice... hombre... yo... en cuestiones de toreo estoy ya borrado; aquí Manolito, que no pierde el fuego de la aficion, apesar de su respetable edad, es el que desde luego, al sostener cualquier cosa, debe hacerlo bien por que está todos los dias ocupándose de ello, y siendo como es aficionado antiguo é inteligente, desde luego creo que tiene razon, apesar de no estar ustedes conformes.

El maestro Curro sufre otra nueva desercion con la falta de apoyo de el de el Valle, y en su afán de quemar el último cartucho se dirige al doctor para ver si éste es de los suyos, y dice: mire usted doctor, la misma verdad trae ese torero nuevo que traia Sor Patrocinio con sus llagas, ésta tenia engañada á cuatro brujas con sus milagros, y el otro trae loco á cuatro ilusos con su valentia.

—Mire usted, Curro,—dice el doctor—es preciso que se desengañe que la nota más saliente del toreo es la de la guapeza, y teniendo dadas ese muchacho un ciento, justo es el entusiasmo que por él sienten los que como Manolito saben apreciarlo. El toreo como la música se necesita sentirla, y con estas circunstancias el torero que lo siente tiene que ser buen torero como el otro buen músico.

—Música... música... me parece doctor que entiende usted más de música que de toros, y yo me equivoqué al dirigirme á usted para hablar de toros sabiendo que estaba tan fuerte en partituras. El único modo que yo tendria de convencer á ustedes, seria el quitarme de encima treinta y cinco años, y en el terreno práctico demostrar al mundo entero que Curro el B. entiende y sabe más de toros que todos los nacidos; con esa verdad verian ustedes resucitar el toreo clásico, y estos pases que no los dió más que Pedro Romero, y *señó* Frasquito Monte, verian la diferencia que hay de cómo se torea á

como debía torear (El maestro Curro ejecuta en la sala unos cuantos pases, que dicen ser los que daban los diestros citados, marca las suertes de recibir, aguantar y el volapié, haciendo de paso la apología de cada una de estas suertes terminando con remedar al *Espartero* en caricatura, diciendo que su costumbre de levantar el codo á la hora de herir, es lo que hace que las estocadas resulten hondas.)

Los espectadores se rien durante las descripciones mímicas de el maestro Curro, y hasta Monte abandona su natural postura para dirigirle la palabra en estos expresivos términos:

—Yo lo que digo es que son unos obtusos la mitad de los aficionados antiguos, y el que no reconoce en mi niño al mejor dejando de tocarle las palmas, es por que tiene ojos y no vé, ó por que es muy bruto.

—Como usted—dice el maestro Curro—no ha visto más que cuatro mamarrachos, bandidos del toreo, como yo les digo, se ha entusiasmado con ese barquillero.

Antonio, que no habia hecho más que reirse durante todo ese tiempo, se dirige al señor Curro, y dice;—yo lo que digo es, que con la *espá* y el basto, digo la muleta, no hay más remedio que echar vuelta.

Este Antonio es un habitual concurrente á la sala de tresillo, y aunque hace poco tiempo que juega se notan muy poco los progresos que lleva hechos en el juego; aunque es de tem-

peramento irascible no deja de tener eso que se llama buen corazón, por cuya razón las inconveniencias que el juego tiene en sí, las suple la otra cualidad. Es aficionado ferviente, no perdiendo ninguna corrida, y si bien comulga en la misma escuela que el *méico de la vista* habla de cuando en cuando de desengaños, queriendo hacer ver que está ya curado de pasiones taurinas.

—¿Qué está usted hablando, cristiano?—dice el maestro Curro—¿pues no cambia una jugada de tresillo por una suerte del toreo? este hombre está loco, á usted, amigo Antonio, lo ha trastornado el juego, y ya no sabe usted ni los quintales de yeso molido que dá un metro cúbico de piedra.

—Aquí no hablamos ahora de yeso, yo creí que usted no habia pasado el plato, y que la entrada anterior la habia usted perdido de *coiyo*.

—¡Jesús hijo! no cabe más, *guiyao home, guiyao*, este hombre ya no está para nada; mire usted, el Alcalde de Brenes es el que yo he visto jugar más al tresillo y le pasaba lo que á usted, que de noche soñaba con el estuche.

Antonio comprende que estaba pensando otra cosa y no en el toreo, y con objeto de terminar aquel incidente que le disgusta, se dirige á Monte y le dice: arma. Monte estiende sobre una mesa la baraja en forma de semicírculo, y Antonio vuelve una carta que es el siete de bastos. Siempre que yo saco, dice, es basto favor, á

ver si saca usted oro para escojer sitio, Curro.

El maestro Curro objeta que á él le gusta el juego antiguo, y el tanto barato, que si hay partido en estas condiciones que echará un rato, y dirigiéndose á Manolito—dice—¿usted se acuerda de aquel toro berrendo en negro que mató *señó* Manuel el día de San Fernando pegado á la puerta del arrastradero, ahora veinte y cuatro años, toreando con Curro Cúchares?

Manolito agacha la cabeza con objeto de recordar, y despues de un momento de silencio, durante el cual hace gimnásia con la memoria—dice—sí señor, por cierto que era de Lesaca y le dió un *acoston* al darle el segundo pase, ¡y qué bien lo mató! amigo, era mucho hombre *señó* Manuel.

Antonio mira indistintamente á Manolito y á Curro, y viendo aquel prodigio de memoria de hechos. en su concepto anti-diluvianos, dice, yo sabia que eran ustedes viejos, pero no tanto. Ya no me estraña el que usted, *señó* Curro, se reuniera con Pepe-Hillo, ni que Manalito hubiera tomado parte en el motin de Esquilache, son ustedes dos buenas antigüedades, que se las propondré á quien ustedes saben, ahora cuando venga que traerá catorce ó quince duros.

—Pues bien, Manolito—dice el maestro Curro—¿cómo quiere usted que yo sea partidario de estos cuchufleteros, cuando recuerdo estas cosas lo mismo que lo que hice ayer? ¿No comprende usted que entusiasmare yo por estos

toreros seria rebajar hasta el suelo mi cartel? Yo tengo que morir con estas creencias llevándome al otro mundo el pesar de haber visto acabarse el toreo.

—Que se le quite á usted eso de la cabeza— dice el del Valle— yo he visto tanto como el que más, y comprendo que el toreo sigue, aunque cambie de fase, por la razón que todo cambia en la vida; al morir esos toreros antiguos, nacen otros que entusiasman á los públicos tanto ó más como aquellos lo hicieran. Vea usted, Mazzantini, *Punteret*, Artau y el *Inglés*, que toreó ahora seis años, llevan y han llevado tanta gente á la plaza como llevaron Lucas y el Chiclanero.

El señor Curro mira al de el Valle atónito, y como el que medita después de haber llevado una sorpresa. dice: —Mazzantini.... *Punteret*.... Artau.... el *Inglés*.... vamos, lo que yo digo que todo el mundo está loco, tan perdido está el gusto y el conocimiento del arte, que ha venido á ser patrimonio de extranjeros; ¿creen ustedes que esos hombres que no tienen nombre de españoles puedan ser toreros? Mañana viene á Sevilla el *Zahar* de Persia y se le ocurre torear y van ustedes á tocarle las palmas y á decir que así se torea. No cabe más en el mundo, si yo tuviera coleta, me la cortaba ahora mismo y me iba á la Australia, que allí entienden con seguridad más de toros que en Sevilla, esto es el acabocés.

El doctor, que en contra de sus costumbres habia permanecido callado durante este tiempo,

se pone en pié (por que entiende que de pié se habla con más facilidad y los oyentes se enteran mejor), y dirigiéndose al maestro Curro, dice:

—No se acalore usted tanto por el toreo, el toreo como la música, son propiedades de eso que llamamos alma, que el que la siente vá llevado por ese secreto, á los confines del mundo, como á las mayores alturas, esto es, á eso que tratándose de artes se llama la gloria.

—Otra vez—dice el maestro Curro—vuelve usted á compararme el toreo con la música, y yo no entiendo de esas comparaciones; la música para mí, es un ruido más; yo no entiendo más música que la que trae para vivir media humanidad, que sin trompetas ni platillos, suena como dicen, que suena la celestial; el toreo es una cosa que trae loco á unos pocos por querer serlo, por cuanto ven en ello el modo más fácil y más seguro de enriquecerse, y que á pesar de querer serlo, no pueden descubrir el secreto, no pudiendo pasar de la categoría de *mcjigangueros*, y esto es lo que me prueba á mí que se nace para serlo, como nacieron esos grandes, que al ser posible volver de nuevo á la vida, se morirían de pena al ver tanto *fantoche* con coleta. Mire usted, doctor, me dijo á mí una vez Juan Leon, que los públicos suelen generalmente en esto del toreo, equivocarse, pues como ciertos individuos que son del último que llega, los públicos suelen la mayor parte de las veces entusiasmarse por aquel que indudablemente defrau-

da sus esperanzas con respecto al arte, y esta máxima, que me enseñó aquel gran torero y hombre de mundo, es la que yo aplico ahora á ese cerrojillo, que para mí ese *Espartero*, es un cerrojillo, pájaro de temporada, que solo chilla durante ella sin hacer nada de provecho.

—Exagera usted las cuestiones de tal modo —dice el doctor— que no es posible sostener con usted una cuestión seria; el torero no puede nacer, ni mucho menos hay una ley psicológica, por la cual el hombre se ajusta al medio en que vive, y por efecto de esa ley, en España salen toreros, como en Italia cantantes, porque son los mejores medios en cada país; sus teorías, como casi todo lo que usted habla de toreo, no son más que paparruchas.

—Já... já... já, hombre, si todavía no he podido enterarme de lo que usted me habla; me compara á cada instante al toreo con la música, y ahora me sale con una ley *pilógica*, y unas cosas que no se le ocurren más que á un *guiyao*. Mire usted, Manolito, me voy convenciendo que no hay quien entienda de toros, ¿no vé usted á este hombre, *loco perdido, home?*

—No sea usted así, maestro Curro, el señor no está loco, ni mucho menos; aquí el doctor trata la cuestión científicamente, y en la forma racional, como sabe tratar todas las cuestiones.

—La verdad, Manolito, haría usted el mejor abogado del mundo, con ese procedimiento tan en armonía con todos sus actos, no disgustando

á nadie; y defendiendo á todo el mundo, tendria la mejor clientela de Sevilla. ¡Cuidado con Manuel! ¡Vaya si es pajito!

Con esta terminacion tan acertada del maestro Curro, todos los espectadores se echan á reir, y ya se proponia Manuel á contestarle, cuando se presenta otro contertulio, que por su costumbre de rematar todos los adjetivos en *iti*, lo conocen en la tertulia por D. José *Lamiti*.

Este D. José es una buena persona, y digo buena persona, porque es uno de esos hombres que á nadie hace daño, con las manos se entiende, porque con la lengua, la menea más de lo necesario, segun la opinion de algunos. Al verlo se deduce fácilmente que es de esos hombres que, por especial naturaleza, son materia dispuesta para todo, lo mismo llevaria la contabilidad de una *casa-banca*, que daria sepultura á todos los muertos de una epidemia en una capilla si fuera conserje de ella; lo mismo prestaria su concurso en el arte tipográfico, contribuyendo al mayor esplendor y desarrollo de las letras, que formaría parte de una cofradía si lo hicieran hermano mayor ó mayordomo.

Al entrar este D. José, y penetrarse de la conversacion que tiene la tertulia despues de contestar á Montes que lo saluda con *¡otro boquera!* se dirige á la reunion, y fijándose en el maestro Curro, le dice—no está el *Espartero* nada más que dando una *nijiti*.

El maestro Curro, que no tiene, segun él, el

gusto de conocerlo, lo mira con cierta estrañeza al oír aquel concepto estrafalario, y le dice: á usted le dará una *mijiti* ó un *poquiti*, ó lo que usted quiera, porque á mí los toreros que me llevaban á todas partes están muertos, y de los de hoy no me entusiasma ninguno; los toreros para mí han de ser como los caballos de Zapata, que tengan empuje.

—Pues ese—dice el *Lamiti*—empuja una *mijiti* y es un *graniti* que le ha salido á todos esos grandes.

—Bastante grano será ese—dice el maestro Curro—el día que se encierre con cualquiera de esos que hoy valen algo, aunque poco, vá á quedarse el *Espartero* como un capacho usado.

—Usted sí que está hecho un capacho con sus *infundios* y sus profecías taurinas, tal vez le haya escocido á usted el *Espartero* una *mijiti*, y por eso habla de esa manera de él. Usted será uno de esos aficionados que por no darle la papeleta hablan mal de todos los toreros.

El maestro Curro, que tiene cifrado todo su orgullo en no haber ido nunca á los toros con otra papeleta que la que haya comprado, ante el insulto del *Lamiti* se levanta furioso, y después de mirarlo de arriba á abajo de un modo despreciativo dice: ¿que está V. hablando cristiano? ¿Usted sabe lo que dice? Yo no he visto nunca toros más que con mi dinero. ¡El maestro Curro nunca se ha rebajado! tal vez usted los toros que haya visto habrán sido de benefi-

cencia, por que tiene usted cara de eso.

—¿De qué?—dice el *Lamiti*.

—De eso; de haber visto siempre los toros de balde, y dar vivas en las procesiones.

—Oiga usted—dice el *Lamiti*—eso es faltarme y yo no le tolero á usted el que me falte, porque viejo y todo yo voy á todas partes.

—Usted no vá á lado ninguno, ni tiene usted ropa negra, y á mí es que desde que V. habló la primera vez comprendí que era un rompe-cabezas, y para demostrárselo iremos á cualquier parte, y ya verá usted que con la edad que tengo y todo, hay aquí más calor que en un verano.

El *Lamiti* hace una mueca de sorna al maestro Curro, este se irrita y trata de salir del círculo de la reunion para dirijirse hácia el don José, llevándose la mano derecha al bolsillo interior de la chaqueta. Manolito se levanta interponiéndose entre él y un señor que se encontraba allí, aunque sin tomar parte en aquella discusion por no participar de las aficiones del arte nacional, al cual le pisa un pié haciendo prorrumpir en un voto, y levantándose dá un empujón á Manolito, el cual oscila entre caer sobre la silla ó el doctor, que oportunamente lo sujeta haciéndole sentar. Mientras tanto Monte, tenia sujeto al *Lamiti*, que á su vez se hallaba en actitud de esperar al maestro Curro con un objeto en la mano que él mismo creia que era una navaja y era la caja-

funda de las gafas de Monte.

—Señores—dice el del Valle—esto no es discutir, esto es ya otra cosa, y parece mentira que entre hombres serios sucedan estas cosas propias de chiquillos. Maestro Curro, usted que siempre ha sido un hombre parado, parece mentira que se acalore de ese modo, ¡por Dios!

—Calle usted D.... Valle! ¿No vé usted á ese viejecillo quererse burlar de mí cuando yo he desengañado á más de cuatro en Sevilla? ¡Y los que me quedan! A mí no hay *naide* en el mundo que se me vaya por delante que no le pare los piés.

—Ya se acabó esto—dice Antonio—acabe usted de sacar para sitio que basto es favor.

—Déjeme usted amigo Antonio, yo no juego.

Antonio invita á otros jugadores á que hagan partido, y como se manifestaran reacios, Monte, dá un paseo por el salón echando viento por la boca poniendo de tabardillos á todos los circunstantes, repitiendo su aforismo peculiar: «Salió el quinto que llamaban guasa viva, y en efecto la tenia.»

—Mire usted, doctor, lo peor que hay en el toreo es apasionarse por nadie y de este defecto es precisamente del que adolecen estos amigos. Así es que me voy por no hablar más de toros.

El maestro Curro intenta irse por segunda vez, más no pudiendo resistir á la tentacion de

sentar más argumentos en favor de sus teorías se vuelve voluntariamente y dirigiéndose á Manolito—dice—mire usted, Manuel, me dijo á mi una vez Juan Pastor—mire usted, Curro, los toreros tenemos una cosa que, sin que yó la pueda explicar, consiste, en que en el periodo que tenemos de fortuna, ganamos palmas y dinero, en cuanto falta esta ya tenemos que cortarnos la coleta, ó de lo contrario, tenemos que pasar inevitablemente por las silbas y censuras de los públicos, y cuando decia esto Juan Pastor, Juan Pastor sabe usted que sabia lo que se decia.

—Bueno, ¿y á qué viene eso?—dice Manuel —por que yo no veo que lo que le dijera á usted Juan Pastor tenga nada que ver con lo que viene usted sosteniendo.

—Viene á mucho, porque como lo que le sucede á ese muchacho es eso mismo, he ahí la razon de lo que Juan Pastor me dijo.

—¿Pero qué es eso mismo? ¿Qué es lo que usted quiere decir con eso? La verdad, Curro, ó está usted *chaslao* ó no sabe lo que se dice.

—Manolito, ya me ha dicho usted dos ó tres veces que estoy *chaslao* y que no sé lo que me digo; y francamente, usted me ofende con eso y no esperaba de usted que me ofendiera. Por que es preciso que usted y todo el mundo se convenza que en Sevilla el único que sabe lo que es hablar de toreo soy yó.

—Mire usted, Curro, yo no he tratado de

ofender á usted ni á nadie, por que ese no es mi modo de ser, pero habla usted tantas tonterías que, francamente, hay que ofenderlo ó dejarlo por imposible, y vaya usted desengañándose, que ya pasó su tiempo, que sus profecias y opiniones con respecto á tauromaquia son muy añejas y estrafalarias.

—Lo mismo le vá á usted á pasar con sus ídolos en el toreo, que le pasé á Manolito Mitar-te, que se quedó sin dinero y *tullio* por sus aficiones.

—Lo que á mí me pueda pasar debe á usted tenerlo sin cuidado, y á mí no me tiene que comparar con nadie y hemos concluido, por que yo no quiero tener disgustos con usted ni con ningún amigo por causa del toreo.

En efecto, Manuel, como el amigo Garcia, son, y valga la comparacion, los sacerdotes del arte, solo que este es sério como el Bracma de la India, y aunque transigente por la bondad de su carácter, no deja de pensar como un Vichenú (en toreo se entiende), ó cual otro Schiwen; entiende que el aficionado bueno, tiene que estar puro, haber ayunado tres lunas, privarse de cazar nueve dias, bañarse en el Tibuet, y huir del lecho nupcial siete noches, que equivale á no haber aceptado favores de ningún torero, ni empresario.

Manuel, también sacerdote, es el moderno católico que entra en los cafés; fuma con descaro, y se permite requebrar á las jóvenes en la

calle. Es el sacerdote civilizado que unifica lo sagrado del ministerio con los goces materiales que facilita por igual á todos la civilizacion moderna. Amigo de transigir con todo el mundo y no disgustarse con nadie, prefiere las comodidades y goces de esta vida, á todos los beneficios de la otra, incluso la gloria eterna

El maestro Curro, lejos de ser el sacerdote antiguo ni moderno, pudiérase decir de él que es el anacoreta impenitente, que tampoco resulta, pues lejos de sacrificarse ni macerarse por la afición, es el sempiterno charlatan del toreo que, aun sin medrar ni lucrarse con el arte, es de los que van á todas partes más por satisfacer sus ideas y conveniencias particulares, que beneficios á nadie pudieran reportar sus conocimientos. Le ha cantado á todos los noveles matadores, llevando á la exajeracion las dotes de cada uno, y cuando se han ido eclipsando las respectivas luces ya ha tenido preparada su evolucion á fin de no encontrarse nunca en la desgracia. Si sus condiciones personales le hubieran llevado á vivir con el toreo, seguramente lo hubiera conseguido en mejores condiciones que lo han hecho otros. No ha podido ser apoderado de ningun matador, porque la guia de los ferro-carriles no es lo más inteligible para él; más que el conocimiento de horas de la marcha y cambios de trenes, ha sido para el señor Curro objeto preferente de estudios el perfeccionamiento de las clási-

cas suertes de la más clásica aún escuela rondeña.

El maestro Curro, se vé contrariado por todos y violento por los últimos incidentes, intenta marcharse por tercera vez, mas como esto implicaría, según su opinión, dejar libre el campo al enemigo, se vuelve de nuevo y dirigiéndose á el amigo Antonio, para buscar pretexto le dice: ya sabe usted, amigo Antonio, que le he dicho algunas veces que hoy no se puede hablar de toros en ninguna parte, porque estos nuevos aficionados no solamente quieren saberlo todo sino que le pierden el respeto, negándole hasta el conocimiento al hombre que, como yo, trae en la uña la historia del toreo.

Manuel, que recoge la alusion, y no está ni puede estar conforme con esto de aficionado nuevo (aunque por la edad bien quisiera), tomando cierta actitud y entonacion de autoridad, dice al maestro Curro—usted lo que trae en la uña son *infundios* y tonterias, y vengo observando hace tiempo que no está usted nunca conforme con nadie cuando habla de toros. Su tiempo, amigo Curro, es preciso que convenga en que ya pasó, dedíquese usted á la política que, como cosa nueva para usted y prestándose de suyo á *infundios* y embustes, podrá en ella lucir sus condiciones especiales de profeta inventando noticias de sensacion.

Era cosa de ver al maestro Curro con este consejo de Manolito; como herido por un rayo

se pone de pié, y con todas las fuerzas de sus pulmones, dice á Manolito—¿que está V. hablando cristiano? ¡usted no sabe lo que dice! ¡á mí no me conoce usted! ¿que yo me meta á político? ¿que en la política haré negocio con embustes y cuentos? ¿usted no sabe que yo he trabajado en política por la libertad más que Riego? ¡yo! que recorrí con éste Lebrija y las Cabezas de S. Juan cuando el célebre pronunciamiento; ¡yo! que he sido en las distintas épocas de la Milicia Nacional el más liberal de todos los milicianos; ¡yo! que me he visto perseguido y sentenciado á muerte el año 48 y el 57, que he formado parte en dos juntas revolucionarias, que he sido del comité con D. Anonio Arístegui; que he conspirado constantemente con Rivero, Hidalgo, Carrasco, Pellon y todos esos hombres; que por el defecto de mi vista (1) no fui diputado cuando la célebre declaracion de la democrácia; que tengo cien cartas en mi poder de otros tantos hombres célebres aconsejándome vuelva á la política activa, ¡va usted á decirme que me meta á político! es lo que yó le digo, que ni entiende usted de toros ni sabe lo que habla.

Excusado parece decir que Manolito, al oír aquella exhuberancia de hechos y relaciones políticas del maestro Curro, pierde por un momento su serenidad, y creyéndose vencido ante

(1) Al no saber leer llama el defecto de su vista.

la satisfacción que el maestro Curro manifiesta por haber creído anonadarlo, rebusca en su imaginación algo que pueda causar efecto; y así como á ciertos abogados antiguos, que sin conocimiento del derecho moderno, defienden continuamente pleitos que ganan, más que por el razonamiento de la ley, por las marrullerías y triquiñuelas propias de la edad, Manuel, que tiene mucho de las dos cosas, no habian de faltarle, y con la mayor tranquilidad del mundo, como si nada hubiera pasado, le dice al maestro Curro:

—Conque ya sabe usted que el domingo lo espero para que vayamos juntos á ver á mi niño.

—¿A qué niño? dice el maestro Curro creyendo tal vez que aludía al de Jesús.

—¿A qué niño ha de ser? ese, que, segun mi amigo *Lamiti*, dá una *mijiti*.

—¿Habla usted quizás del *Espartero*?

—Precisamente, ¿pues quién creía usted que era mi niño?

—Es hasta donde puede llegar la ignorancia de usted á decir mi niño, y á creer que yo fuera á verlo. ¿Trabajaré con su cuadrilla?

—Es claro.

—¡Hombre, cuando yo quiero ver dramas voy al teatro y no á la plaza de toros.

—¿Y qué tiene que ver los toros con el teatro?

—¿Usted no sabe, que ir á los toros traba-

jando el *Espartero* con su cuadrilla, es asistir á un drama de Echegaray?

—No prescinde usted de sus exageraciones: ¡mire usted que decir que es ver en el *Espartero* y su gente, un drama de Echegaray, es lo último que se puede oír! ¿Qué comparacion es esa, hombre?

—Pues es muy sencillo: los dramas de Echegaray, con ser suyos son tales, añade usted los malos cómicos que los interpretan y observará que en vez de tres muertos resultan cuatro, pues que matan al autor; despues que el *Espartero* está siempre cogido, ya ve usted la gente de defensa que le acompaña.

—Hombre; ¿no sabe usted que él se sobra y se basta para matar el toro que le echó el bajío en el portal de Belen al niño de Dios?

—Matará todos los toros que ustedes quieran, incluso el toro Aspi—dice el maestro Curro—pero á mí no me mata, y para demostrarle lo equivocado que están, dejémosno ya de más discusiones hasta que pasen estas festividades, en las cuales él mismo se encargará de probarles que no es ni podrá ser nada.

En vista de esto parece terminada la sesion taurina, aunque el del Valle dice algunas palabras sueltas al doctor, que este contesta indicando que el maestro Curro está loco: Manuel dice que se marcha á comer por ser ya hora y Monte que se cerciora de la que es mirando el reloj, que anda siempre como los aficionados á

toros, prorrumpe en una blasfemia deseando en sus buenas ideas convertirse en cólera.

—¡Tabardillos! ¡Guasones! ¡Permasos! y otros calificativos de la galería reservada, dice Monte mientras continúa sus habituales paseos por el salón echando entre mote y mote una bocanada de aire comprimido que tiene en sus más comprimidos pulmones.

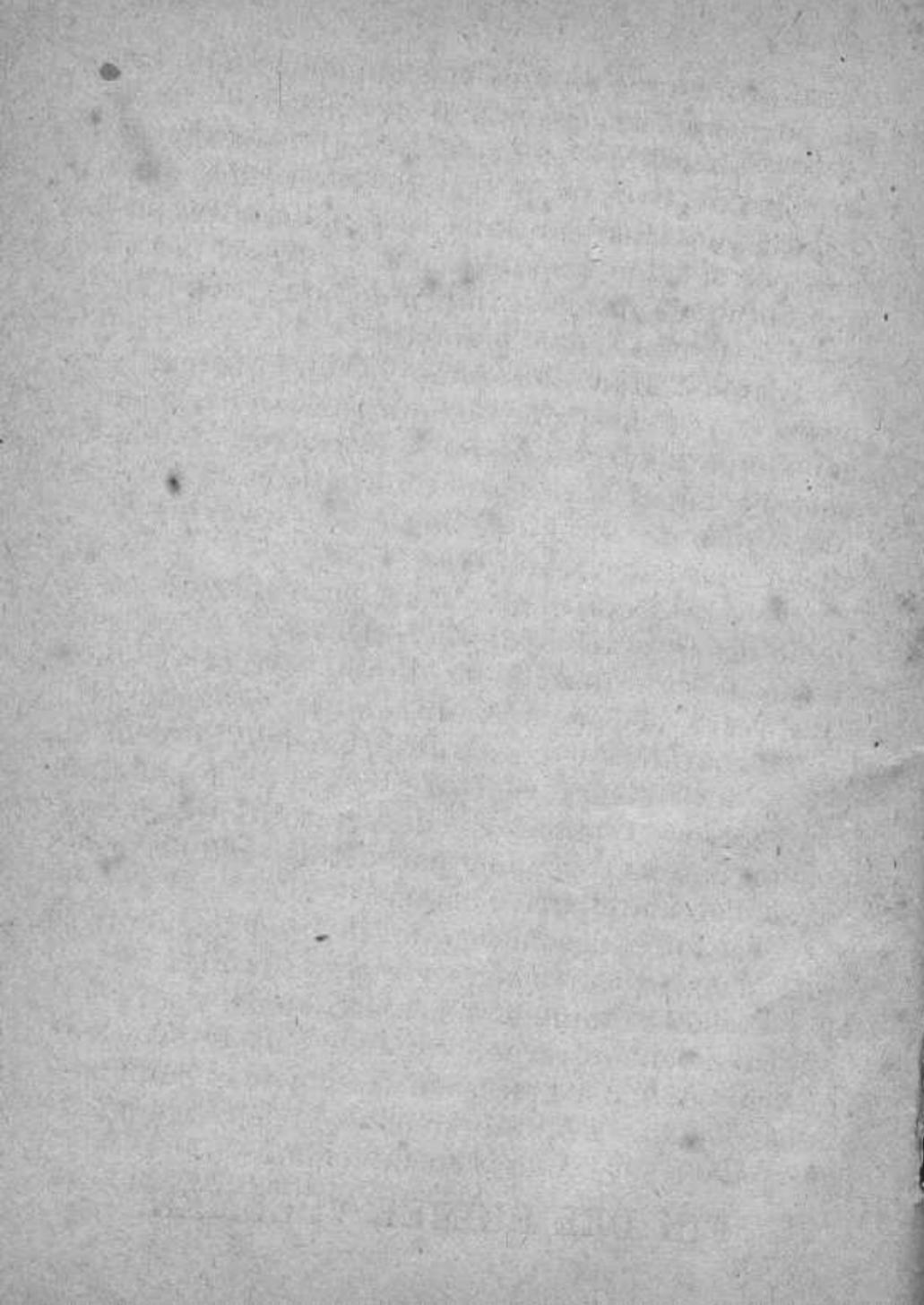
Llama á Manuel mirando hácia el techo, y desea en su exasperacion que se convierta en caballo para hacerlo correr á fuerza de espalozos, y como el de el Valle tratara de calmarlo—dice—déjeme usted, que hoy (*como siempre*) reniego hasta de mis muertos.

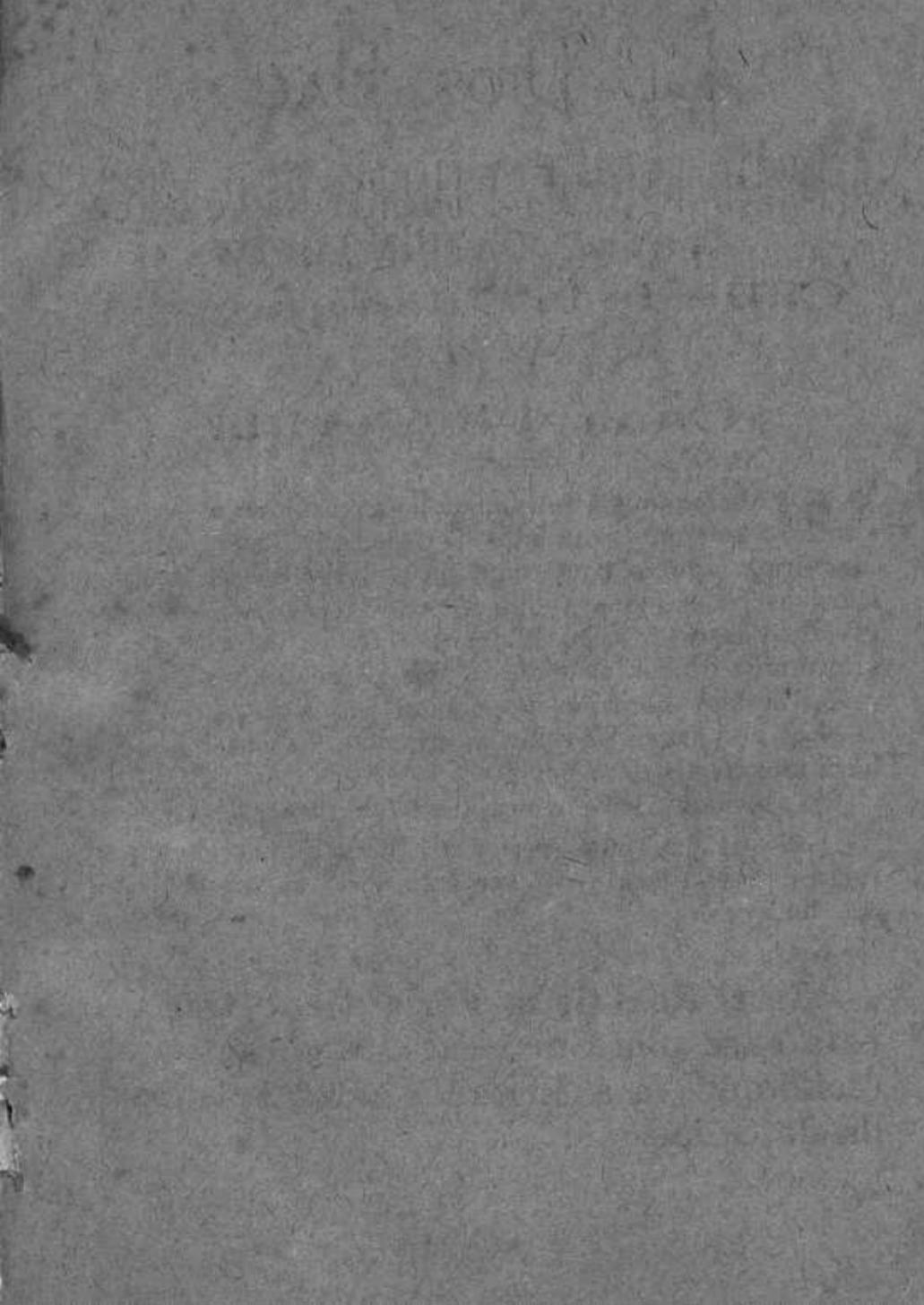
D. José *Lamiti*, que habia permanecido callado desde el incidente del maestro Curro, se levanta para marcharse, y al pasar cerca de Monte, le dice si quiere una *mijiti*, y como el tigre se avanza éste á D. José, dándole tal *achuchon* que hubiera caido al suelo si no le sujeta su tocayo y compañero de estatura, que á la sazón pasaba rozándole por detrás, con el propósito de marcharse á comer.

Tal fué el desenlace que tuvo el encuentro del maestro Curro con su amigo Manuel.

Nosotros tambien nos marchamos, y sin perjuicio de encontrarnos y hablar con el maestro Curro cuando se efectúen las corridas anunciadas, dejamos á Monte en el salón del Pasaje entregado á sus rabiosas meditaciones.

FIN DEL PRIMER VOLÚMEN.





EL DIOS BACO

DEPÓSITO DE VINOS Y LICORES DE C. BERNAL

Representante, JOAQUIN LOPEZ

Calle de la Cuna núm. 44

SEVILLA

Cuna 44—Sevilla

Los aficionados á lo bueno encontrarán en este depósito los vinos más esquisitos de Jerez, Sanlúcar, Málaga, Madeira y Oporto, como también los ricos licores de Ojén, Burdeos y Barcelona; todos ellos de las marcas más acreditadas, desde 6 á 30 reales botella de Jerez, y la rica Manzanilla de Sanlúcar desde 6 á 16 reales botella y 4 reales la de Valdepeñas de primera.

Los que hagan pedidos de más de doce botellas se le hará una rebaja de 5 por 100.

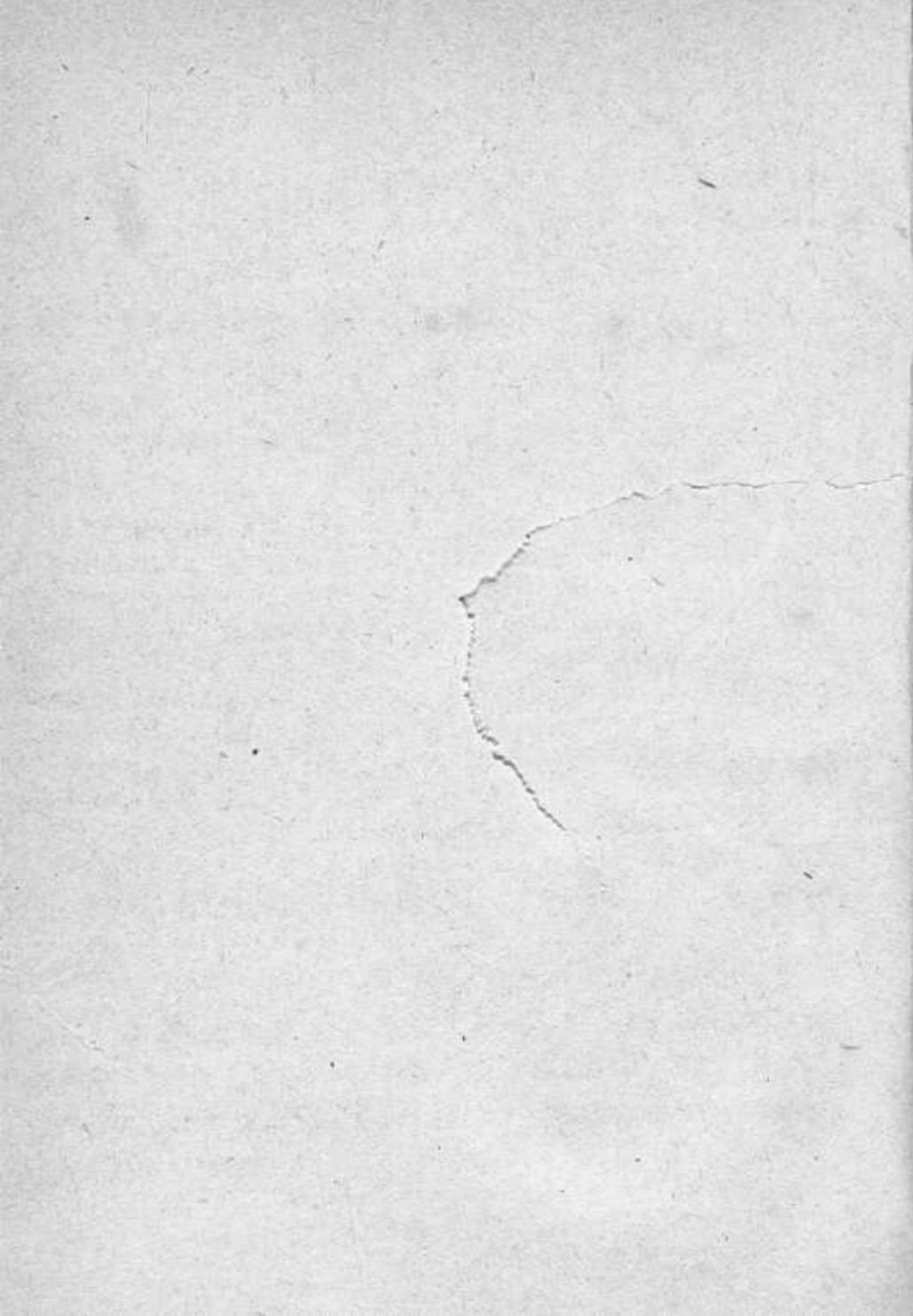
Se abona un real por devolucion de casco.

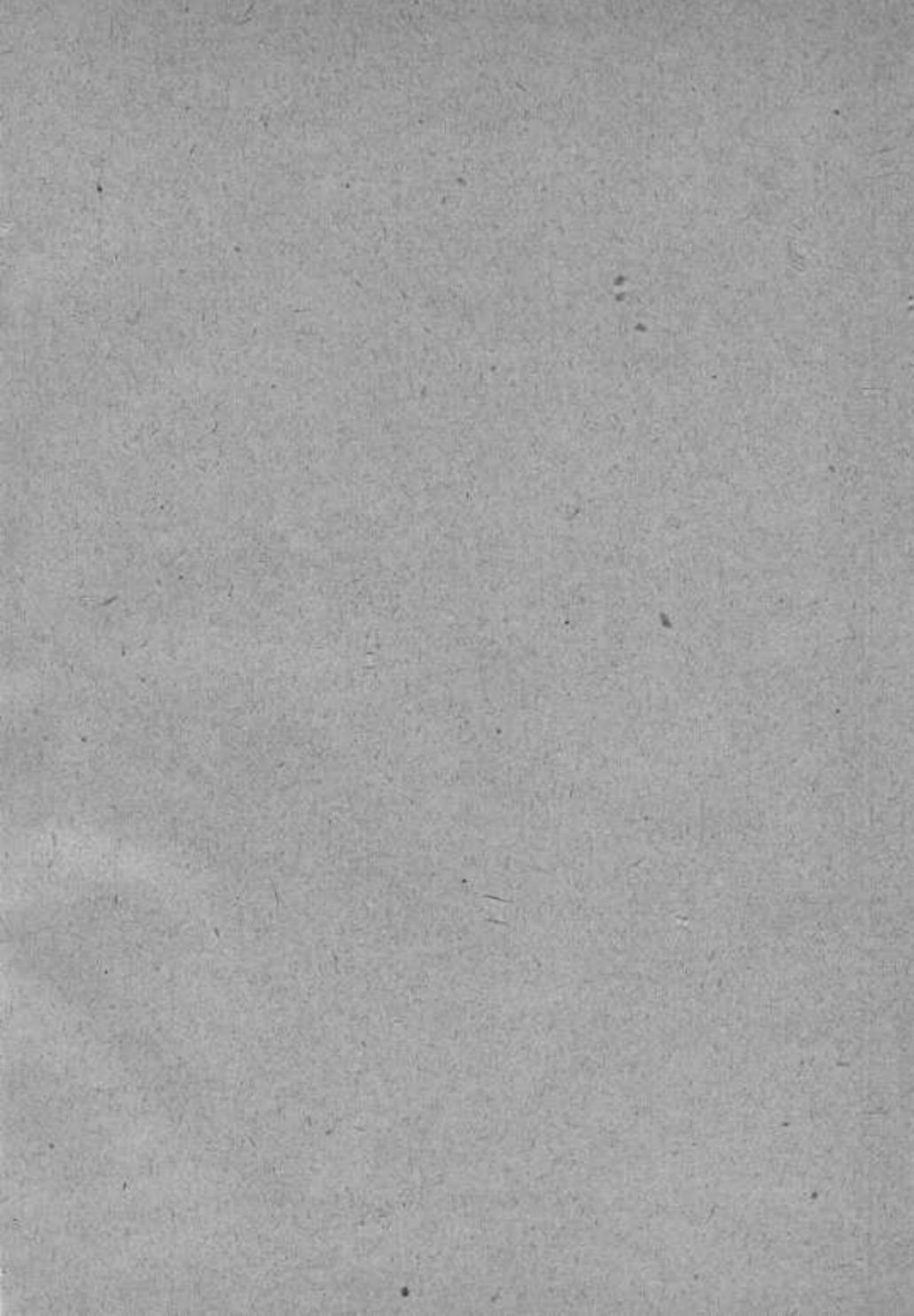
Las personas que soliciten vinos por arrobas para fuera de esta Plaza, se les servirán directamente de nuestras bodegas.

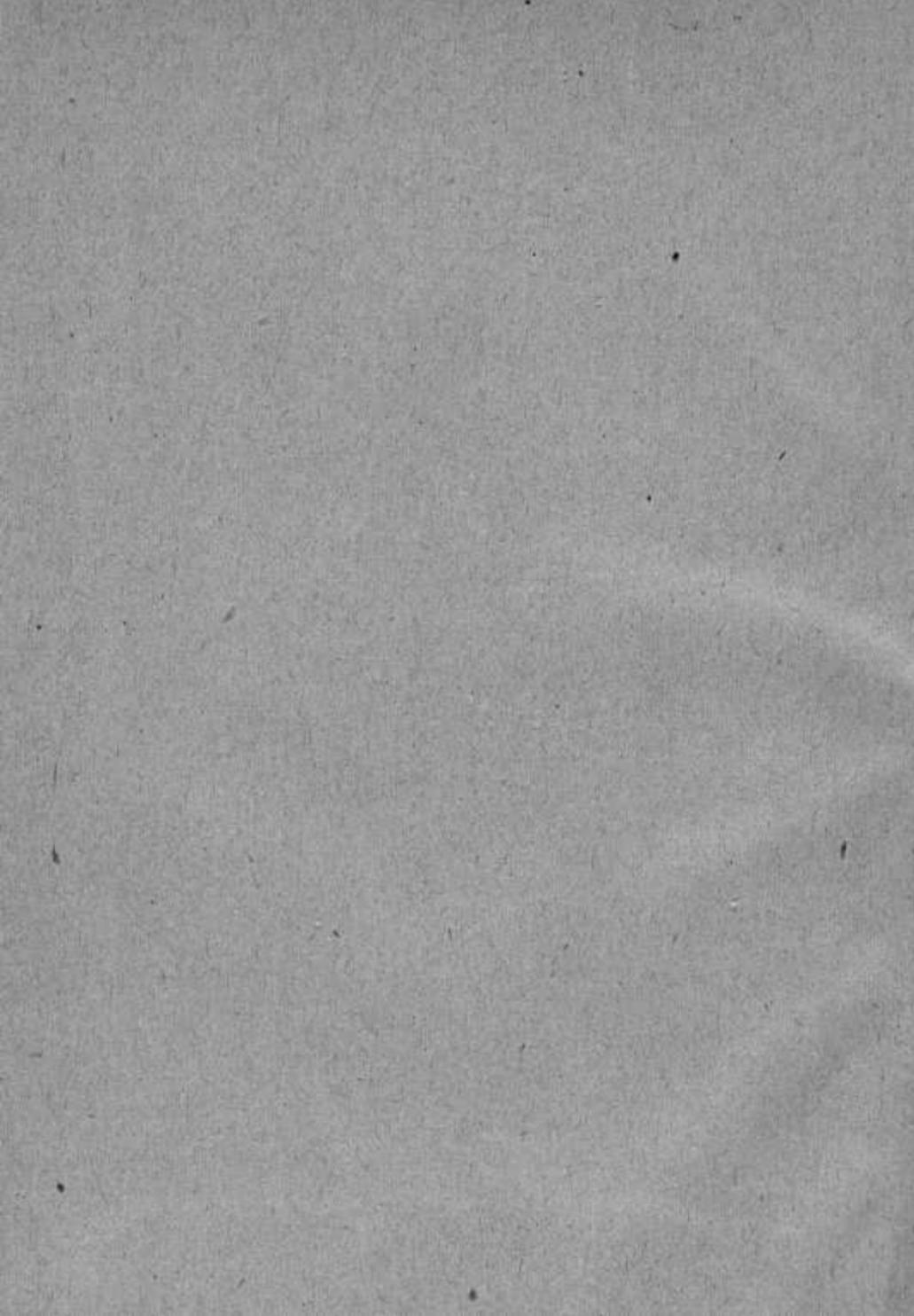
En la misma casa se facilitan notas de precios.

En el Real de la Feria tiene tambien esta casa una Sucursal situada en el arrecife que vá á Eritaña, junto á la casilla de Guias.









MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 577	Precio de la obra
Estante . 2	Precio de adquisición
Tabla . . . 6	Valoración actual
	Número de tomos



